

Vivir soñando

Relatos

CARLOS DEL RÍO

Copyright © 2012 Carlos del Río

Fotografía de portada: Sepia Girl Dreaming © Galina Barskaya (barsik), BigStockPhoto.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotografías, por registro o por otros medios, salvo breves extractos a efectos de reseña, sin autorización previa y por escrito del autor de la obra.

*A todos los soñadores
que luchan por sus sueños*

ÍNDICE

Introducción

LA CABEZA EN LAS NUBES

Comentario

TARÁNTULAS DE CINCO PATAS

Comentario

UNA TERRAZA A LAS ORILLAS DEL SENA

Comentario

VOCES EN LA GRANJA

Comentario

MAGIA

Comentario

EL CLUB DE AJEDREZ

Comentario

NOBLEZA BATURRA

Comentario

Sobre el autor

INTRODUCCIÓN

Supongo que la mayoría me conocéis por mi blog, www.elrincondelcarlosdelrio.com, en donde además de escribir críticas de cine y literatura, ofrezco un curso gratuito para aprender a escribir ficción.

Ese curso nació de mi frustración al comprobar que apenas había información en español para aspirantes a escritor, ya fuera pagada o gratuita, y que lo poco que había se limitaba a alimentar el ego del escritor o a enlazar un lugar común tras otro sobre lo que es la creatividad; pero nadie se detenía a explicar cuestiones técnicas, que es algo fundamental para aprender a escribir. Las pocas excepciones eran libros traducidos del inglés.

A finales de 2008 decidí ponerme a escribir ficción. Siempre había querido, pero nunca me había atrevido; y no hacía más que ponerme excusas para no hacerlo, aunque interiormente me sintiera frustrado por ni siquiera intentarlo. Al poco descubrí que mientras en español apenas había información, en inglés era muy abundante y a menudo sobresaliente, porque estaba escrita por escritores de ficción, no teóricos de la literatura o críticos literarios, que analizarán mucho pero que no tienen ni idea de cómo se escribe una narración. (Personalmente, me parece que ni siquiera analizan: escriben pajas mentales y se quedan tan tranquilos.)

Después de escribir una serie de cuentos, a mediados de 2010 comencé a escribir mi primera novela (a la hora de escribir esta líneas, el libro está buscando editorial), y decidí que iría contando en mi blog su evolución, al tiempo que explicaría todo lo que había aprendido sobre escritura y recomendaría libros y páginas web que me habían ayudado. Ese fue el comienzo del curso.

Cuando acabé la novela, en julio de 2012, pensé que lo que le faltaba a ese curso eran ejemplos prácticos, así que decidí crear esta colección de cuentos. Los relatos aquí reunidos fueron escritos durante un periodo de más de tres años, y ahora, tras revisarlos y reescribirlos, les he añadido un pequeño comentario al final donde analizo cómo me planteé su escritura y qué intentaba lograr, y en varios casos, cómo cambié cosas al revisarlos años después de haberlos escrito.

Antes de despedirme, quiero agradecer a mis padres, Moncho y Basi, que hayan sido los primeros lectores y me hayan ayudado a encontrar erratas.

Espero sinceramente que os gusten, y espero que a los aspirantes a escritor os ayuden a entender mejor varios aspectos técnicos y a encontrar vuestra propia voz. Seguid escribiendo, que la única forma de fracasar es abandonar.

Carlos del Río
Noviembre de 2012

LA CABEZA EN LAS NUBES

Hacía mucho tiempo que Carolina sentía desazón cada vez que entraba en la oficina. Ver los escritorios y los ordenadores la transportaba al pasado, a sus días de secretaria. Esa oficina la llevaba a Honduras, la llevaba a Albeiro, su hijo de cinco años.

Sacó el desinfectante azul y empezó a frotar el primer escritorio. Estaba harta de ese penetrante olor, ya no podría oler nada hasta que saliera a la calle.

—Eh, chiquita, chiquita.

Alguien gritaba a su espalda. Era un hombre con traje negro y pelo engominado. Carolina miró con disimulo el reloj de la pared y vio que todavía faltaba media hora para que abrieran la oficina.

—¿Sí?

—Que no me has limpiado el escritorio. Mira la papelera, a rebosar.

—Perdone, no me había dado tiempo a llegar allí —dijo mirando al suelo.

No le gustaba que la vieran trabajar, siempre creía que iban a encontrar fallos. Y ese hombre, que no hacía más que consultar la hora y mirarla, la ponía especialmente nerviosa. Echó un chorretón del maldito líquido azul y frotó la pantalla del ordenador.

—Vaya, así que eres tú la que me estropea los *post-it* —dijo el hombre mientras masticaba chicle compulsivamente—. Los mojas y luego se arrugan y no valen para nada.

—Huy, perdón.

Intentó disimular que le temblaban las manos. Acabó con el escritorio y cambió la bolsa de la papelera por una nueva. Nada más terminar, el hombre tiró el chicle y un paquete de cigarrillos a la papelera vacía. Carolina se mordió el labio y se dio la vuelta para seguir limpiando la oficina. Y luego tocaban los baños. Y las escaleras. Y después a correr al restaurante donde ayudaba en la cocina. Y así un día y otro y otro. Carolina suspiró.

De camino al restaurante se puso los guantes y la bufanda. Habían dicho que hoy tal vez nevara. El cielo gris imprimía un tono ceniciento a la calle. Carolina estaba soplandose las manos cuando le sonó el móvil. Lo sacó del bolso y vio que era su novio José Ernesto. Con la prisa que llevaba dudó si contestar, pero hacía tiempo que no lo veía y siempre le gustaba charlar con él: los españoles no hablaban el mismo idioma que ella, José Ernesto sí.

—Mañana vuelvo a Valencia —dijo José Ernesto sin dejarla siquiera saludarlo. Carolina sonrió e inmediatamente se puso seria.

—¿Y eso? Pensaba que te quedarías en Sevilla hasta fin de mes. ¿Se terminaron las obras?

—Más o menos. —Se le notaba contento.

Carolina temblaba al imaginar que José Ernesto se hubiera quedado sin trabajo. El chico no tenía solución, se cansaba de lo que hacía y dejaba cualquier empleo. Si bien era cierto que siempre encontraba algo nuevo. Quedaron al día siguiente en el Terranova, el bar donde se habían conocido.

Por la tarde abrió el portal de su casa agotada. En el interior había un pequeño patio con tres naranjos, demarcado por los edificios de viviendas. Con buen tiempo, a Carolina le encantaba leer bajo la sombra de los árboles; pero hoy el hierro de los bancos estaría helado. Llegó a su piso con las fuerzas justas para echarse en la cama. No llevaba ni diez segundos cuando entró su tía al cuarto.

—Por Dios, Carolina —ya estaba con su voz chillona—, parece que tuvieras mi edad. Mírate, ahí echada. Con la de cosas que hay por hacer.

Qué fácil era decir todo eso, ella que probablemente se había levantado cinco horas más tarde que Carolina.

—¿Qué quieres, tía?

—¿Lo olvidaste? Hoy vienen mis amigas a cenar. —Era verdad, hoy era viernes. Cualquiera

celebraba una cena semanal si la que cocinaba era tu sobrina—. Vamos, no pongas esa cara. A veces me parece que no te das cuenta de todo lo que hago por ti. Si mi difunto Santiago, que Dios lo tenga en su gloria, te viera, se llevaría las manos a la cabeza y te diría... —Carolina dejó de escuchar. Siempre le venía con la misma cantinela. Y lo único que había hecho por ella era alquilarle un cuartucho por doscientos euros. Su tía sólo había realizado una labor en la vida: casarse con un español adinerado. Más de una vez Carolina sospechó que el infarto de Santiago fue en verdad suicidio— ... y corrimos hasta quedarnos sin aliento. Mira niña que no soy de palabra fácil, pero hay que ver cómo me tiras de la lengua.

Carolina resopló y se puso en pie. Apenas tenía dos horas para preparar la comida y limpiar la casa, que eran trabajos que venían incluidos en el alquiler.

Acabó de cocinar justo cuando las amigas de su tía llamaban a la puerta. Las saludó y se sentó en una esquina del salón; si por ella fuera, en esos momentos se haría invisible. A las nueve de la noche se despidió de las señoras y salió hacia el locutorio de la esquina. Esa semana aún no había llamado a Honduras y lo necesitaba. Simplemente quería oír la voz de su hijo Albeiro.

En la calle se había levantado una ventisca y el termómetro aún había descendido más. Se embozó hasta las orejas y llegó tiritando al locutorio. Saludó a la dependienta, una colombiana con las uñas largas y pintadas de rojo, y se metió en la última cabina. No le gustaba que oyese sus conversaciones. Descolgó el teléfono y marcó un número. A punto estaba de oír a su niño. Un tono, dos tonos, tres tonos. Descolgaron al otro lado del Atlántico.

Contestó la madre de Carolina. Estuvieron unos minutos charlando del tiempo que hacía y de si comía bien. Carolina recordaba como si fuera ayer el día en que su madre la animó a irse a vivir con su tía, con la esperanza de un futuro mejor para ella y su hijo. Por fin Albeiro se puso al teléfono.

—¡Mami, mami! Hoy en la escuela pinté un árbol y nos leyeron un cuento y jugamos en el recreo y pegué a un niño malo.

—Albeiro, no se pega. —Carolina hacía esfuerzos por parecer seria.

—Pero era malo. Yo sólo pego a los niños malos.

Carolina rió. Le sorprendía que estuviera hablando con su hijo cuando la última vez que lo tuvo en brazos apenas se podía entender lo que decía. Albeiro siguió contando cómo tenía aterrorizados a sus compañeros; al parecer todos eran malos.

—Mal hecho, Albeiro. No pegues a nadie. —Sonaba poco convincente—. Anda, mándame un beso que ahorita me tengo que ir.

—¡Mua! —Albeiro estampó un beso en el auricular con la misma fuerza con la que pegaba a sus compañeros.

Colgó el teléfono sintiendo que se le humedecían los ojos. Contó hasta diez lentamente, se enjugó las lágrimas y salió de la cabina. Una vez en la calle, volvió a notar en la garganta el sabor salado que anticipaba el llanto. Siempre le pasaba lo mismo: cada vez que abandonaba el locutorio sentía que había dejado atrás un pedacito de su corazón.

En casa decidió hacerse una tila. Por fin podría descansar. Evitó a las amigas de su tía y se metió en la cocina. Desde ahí podía oír sus risas y esa voz gritona que tan bien conocía. Puso agua a calentar y vio que en la calle estaban empezando a caer los primeros copos de nieve. Mañana el patio estaría precioso. Se preparó la tila y se fue al cuarto. Posó el vaso en la mesita de noche, se puso el pijama y se metió en la cama. Llevaba unos días enganchada a una novelita de amor y le apetecía leer un rato mientras bebía la infusión. A la segunda página, el libro resbaló de sus manos y cayó al suelo con un golpe sordo. Carolina se había quedado dormida.

A la mañana siguiente una pila de platos sucios la esperaba en el fregadero de la cocina. Necesitaba un café, aún no había despertado del todo. Miró el reloj con forma de manzana que colgaba de la pared y se sorprendió al comprobar que había dormido nueve horas seguidas. Movié el visillo de la ventana y miró el patio; parecía que alguien hubiese espolvoreado azúcar glasé sobre los naranjos. Hoy sería un día tranquilo, sólo tenía trabajo en el restaurante, y ya quedaba menos para reencontrarse con José Ernesto; pensó mientras bebía café negro.

Lentamente fueron pasando las horas hasta que llegó el momento de ir al Terranova. A la entrada la esperaba José Ernesto con esa sonrisa que la había enamorado. Se puso a correr y se echó a sus brazos de un salto. Era maravilloso abrazarse a él.

Pasaron al interior del bar. Siempre le había gustado el Terranova con sus mesas bajas y sus sillones acolchados. La luz era tenue y en la pista del fondo sólo ponían baladas. Más que a hablar, el ambiente invitaba a susurrar.

—¿Qué pasó en Sevilla?

—Me despidieron. —José Ernesto no perdía la sonrisa. Carolina tenía ganas de abofetearlo—. La crisis. Nos echaron a veintitantos.

—¿Y por qué estás tan feliz?

—Pues porque... —José Ernesto jugueteaba con la pajita de su refresco— Esto ya no es como antes... ahora cuesta conseguir trabajo... —Carolina no sabía a dónde quería llegar—. Que me vuelvo a Honduras.

En ese momento podían haber tumbado a Carolina con una pluma.

—Pero quiero que te vengas conmigo. —José Ernesto la miraba a los ojos.

—No puedo.

—¿Ah, no? ¿Qué te retiene en España?

—No sé... mi trabajo... mi tía... un futuro mejor para Albeiro...

—Creo que no me entendiste bien. ¿Qué te retiene en España?

Carolina bajó la vista y se puso a observar las manos de José Ernesto. Le hacían gracia los pelitos negros que le crecían de las falanges. Suspiró y volvió a levantar la cabeza. Le costaba mirarle a la cara.

—Albeiro tiene más posibilidades aquí —dijo en voz baja.

José Ernesto estiró el brazo y le cogió la mano.

—Yo creo que Albeiro tiene que conocer a su madre. Y tener un padre, aunque sea un desastre.

Carolina tenía un nudo en la garganta. Volvió a bajar la mirada.

—¿Y de qué viviríamos?

—No sé, algo surgirá.

—Mira José Ernesto —Carolina levantó la mirada—, siempre me pareció que tenías la cabeza en las nubes.

—Y siempre me funcionó. Si pensara mucho, nunca me hubiera atrevido a hablar con la chica más linda de este bar.

A Carolina se le escapó una lágrima.

—¿Y cuándo quieres irte?

—A finales de mes.

—¡Finales de mes! Si sólo quedan veinte días.

—Tengo ahorros. Y tú también. Dejas el trabajo y a esa vieja bruja.

—No hables así de ella. —Carolina frunció el ceño—. No sé. Me parece muy precipitado.

—Pues finales del mes que viene. No más tarde.

—Mmmm... es una locura. —Negaba con la cabeza.

—Ahorita no me contestes. Sólo dime que lo pensarás.

Carolina se mordió el labio. Seguía negando con la cabeza y no sabía qué contestar.

—¿Sabes qué? Me apetece bailar un rato. —José Ernesto la arrastró a la pista de baile.

Allí había dos parejas más. Carolina puso los brazos sobre los hombros de José Ernesto y unió las manos por detrás de su cuello. Juntos comenzaron a moverse al ritmo de la música. Al poco, cerró los ojos y deslizó la mano derecha hasta posarla en el pecho de José Ernesto. Apoyó la cabeza sobre su busto y sonrió. Le gustaba sentir los latidos de su corazón.

COMENTARIO

Este cuento es muy especial para mí porque fue la primera vez que sentí que había escrito un cuento realmente acabado. Ése es un día importantísimo en la vida de un escritor. Lo escribí en marzo de 2009, cuando llevaba seis meses escribiendo ficción.

Una versión muy primitiva, que afortunadamente ha desaparecido de la faz de la Tierra, tenía su origen en una noticia que leí en el periódico. Era una historia muy rocambolesca de un crimen cometido en Valencia por unos hondureños: Carolina era una chica de veinticinco años que había tenido un hijo con Emmanuel en Honduras, y ahora ese Emmanuel era la pareja de Sonia, la madre de Carolina, y vivían todos en Valencia. Carolina se había echado un nuevo novio, José Ernesto, y éste viajó a España a reunirse con ella; pero al poco convenció a Carolina para que ambos regresaran a Honduras y formaran una familia y cuidaran del hijo de Carolina y Emmanuel, que tenía tres años. Al enterarse de los planes, Emmanuel montó en cólera, porque él era el padre y no quería que otro ocupara su lugar, y entre él y Sonia mataron a José Ernesto.

Por entonces todavía no sabía cómo contar mis propias historias, así que decidí escribir una recreación de los acontecimientos. Todo era terrible y deprimente y no hacía más que cargar las tintas en lo mal que lo pasaba la pobre Carolina. Para los diálogos encontré una página web que daba una lista de varios americanismos y los dividía por países, y no se me ocurrió otra cosa que enlazar una expresión hondureña tras otra. Todavía me sonrojo al pensarlo, pero esos diálogos sonaban como si Cantinflas hubiera empinado el codo. El cuento era un desastre que no terminé, porque no iba a ninguna parte y ni siquiera yo me lo creía.

Por aquella época me apunté a un taller de escritura en internet que resultó ser una pérdida de tiempo. Los apuntes estaban llenos de vaguedades que no explicaban absolutamente nada y la profesora no sabía explicar. Yo no hacía más que desesperarme: al haber estudiado en una escuela de cine, algo de narración sabía, y ese taller era una santísima tomadura de pelo. Cada dos semanas tenía que escribir algo, aunque no tenía ni idea de cómo se hacía.

Entonces descubrí que en Estados Unidos y el Reino Unido eran muy populares los libros para ayudar a escritores, y que existía una editorial especializada, la “Writers’ Digest”, y me compré unos cuantos. El primero que me leí fue “Dynamic Characters”, de Nancy Kress, y me abrió los ojos: por fin supe que el desarrollo de la trama estaba estrechamente ligado al desarrollo de los personajes, y que ambos se iban influyendo mutuamente. Por fin supe cómo tramar historias.

Para una de las prácticas del taller intenté esa técnica y el cuento me quedó medio logrado, pero por primera vez logré llegar al final de una narración. Y para la siguiente me salió “La cabeza en las nubes”.

Cuando me puse a escribirlo no era consciente de ello, pero el cuento nació de mi enfado por la manía que tienen muchísimos españoles de echarle la culpa de todo a los inmigrantes. Tiene gracia que gente que me conoce despatrique de los inmigrantes sin pararse a pensar que yo lo fui durante dos años en el Reino Unido.

La primera escena está inspirada en algo que me contó un compañero del teatro londinense donde trabajaba. El hombre era colombiano y que se llamaba Albeiro (de ahí saqué el nombre del hijo), y trabajaba por las mañanas limpiando oficinas. Albeiro se quejaba de que los ingleses eran muy sucios porque hacían lo que justamente le hacen a Carolina en mi cuento: nada más limpiar una papelería, la vuelven a ensuciar. De mis compañeros latinoamericanos también aprendí que unos cuantos habían dejado a sus hijos pequeños en sus países mientras ellos hacían dinero en Londres antes de volver a casa.

La conversación que mantiene Carolina con su hijo viene de una conversación que oí por la calle, en la que una madre se quedaba sorprendida cuando su niño, que tendría cinco años, le confesaba que zurraba a sus compañeros de clase, pero que solo zurraba a los malos. Me hizo tanta gracia que acabó en el cuento.

Aparte de lograr por primera vez un cuento que llegaba al final y cerraba la trama, me gustaba porque había logrado transmitir emoción al papel.

Cuando entregué “La cabeza en las nubes” en el cursillo, varios alumnos me felicitaron, pero la profesora me dijo que se notaba que me caían demasiado bien los personajes. No le hice ni caso, y me alegré porque por fin había logrado crear empatía en un cuento.

PUEDES ADQUIRIR "VIVIR SOÑANDO" EN AMAZON, EN PAPEL Y EN KINDLE, O A TRAVÉS DE ESTE ENLACE:

<http://www.elrincondelcarlosdelrio.com/p/blog-page.html>